unas desaparecen, semejantes á las gotas de lluvia que caen sobre la ardiente arena; otras se deslizan suavemente, como las argentadas ondas de un arroyo que atraviesa una esmaltada pradera; todas siguen el movimiento de la terrible balanza, que ora desciende á los abismos, ora sube á los Cielos.

Ven, arroyo presuroso, ven á unir tu dulce murmurio á los mugidos del torrente de que yo saco mi solemne himno; ven á refrescar mi alma, demasiado débil para resistir á las beatitudes que la inundan á medida que adelanta en el camino que ha osado emprender.

Cien veces ya la Luna ha presentado todas la fases de su curso periódico, desde que osé cantar las sentencias que pronunció Jesús en la cima del Tabor: entonces esperaba que con el auxilio del Salvador terminaria mi obra; pero de repente nubes sombrías velaron mis ojos, y pensamientos de muerte se apoderaron de mí... He vencido esos vanos terrores, vivo aun, y acabaré la santa tarea que me he impuesto. ¡Gracias te sean dadas, oh mi divino Redentor, que me has dado esta fuerza! Mientras la muerte adelanta á paso lento, la esperanza nos sostiene, y ella es la que nos guia á nuestra patria celestial.

¿Qué sentiré yo, cuando, al llegar en fin más allá del sepulcro, vea aparecer á cada signo del tiempo legiones de almas escapadas de sus vasos mortales? Juntos vendrán los escépticos, los incrédulos y los cristianos; juntos vendrán los amigos que lloran aun á los amigos de su eleccion y la viuda que su esposo espera, y todos los misterios de la Providencia serán revelados; cada átomo de la creacion comprenderá su pasado, conocerá su porvenir; el soplo de la eternidad habrá reanimado para siempre á los muertos y aniquilado las ilusiones.

Vosotros que habeis sufrido las torturas de la sed de saber, debeis comprender cuál será nuestra felicidad, cuando cojamos en fin todos los hilos misteriosos del laberinto en que tantas veces se extraviara nuestro pensamiento.

Ven, arroyo presuroso, ven á unir tu dulce murmurio á los mugidos del torrente de que yo saco mi himno solemne; ven á refrescar mi alma, demasiado débil para resistir á las beatitudes que la inundan á medida que adelanta en el camino que ha osado emprender.

La capital de un monarca poderoso acaba de destruirse; los muertos sepultados bajo sus ruinas llegan ante el Juez supremo. Sólo el corazon de uno de ellos ha sido humano y justo. La multitud rodea á este noble muerto, lo estrecha, lo oculta; y sin embargo, se halla muy luego solo enfrente de su ángel custodio, que le mira sonriéndose con fraternal bondad: no de otro modo el hombre abatido por la calumnia rehuye justificarse, y espera con paciencia que el sol de la verdad venga á disipar las sombras de la mentira.

Presa de la desesperacion, un jóven desgracido habia dirigido un puñal contra su corazon. Espantado de su crímen, arrojó lejos de sí el hierro homicida; volvió á tomarlo, y con la mirada siniestra y la risa terrible de la demencia, lo hundió de nuevo en su pecho. Su sangre corria aun, sus ojos no habian dejado de ver, y movimientos convulsivos agitaban todavía sus miembros; pero un último esfuerzo terminó sus sufrimientos y su vida.

Al estrépito de su caida, la tierra se estremeció, y su alma comparecé ante el Mesías.

Los astros que alumbran al suicida, y que nubes resplandecientes velan y descubren alternativamente, no han podido despertarlo del todo; pero á vista de los inmortales sale de su sopor, y todos los terrores lo asedian á la vez. Los ángeles se estremecen con él, sin que ninguno ose esperar que halle gracia ante el Juez supremo.

El Juez supremo le mira, y una sonrisa templa la severidad de su semblante. ¡Sonrisa inefable de la clemencia divina! por tí pasa el pecador del exceso de la desesperacion al colmo de las beatitudes celestiales.

Elisama era un pobre anciano reducido á implorar de la generosidad del rico el sustento necesario para su mísera existencia. La muerte vino en fin á poner término á unos males que tan poco merecia; porque su bondad corria parejas con su mansedumbre y su paciencia. Más valeroso que los héroes que se inmortalizan con sangrientas hazañas, soportó sin quejarse todas las miserias de la vida: hizo más, las aceptó con gratitud, porque sabia que así el dolor como la alegría son dones de la bondad divina. Elisama hubiera honrado un trono, él á quien el último del pueblo se creía con derecho á despreciarle.

Sólo un sér sobre la Tierra le habia amado: era su perro. El fiel animal unió sus aullidos lastimeros á los últimos quejidos de su moribundo amo, y cuando no le oyó ya quejarse, lamió por última vez sus inmóviles y frias manos, durmiéndose luego sobre estas manos tan queridas para no despertarse jamás.

Elisama está ante el Juez supremo: un ángel le ciñe la corona destinada á la resignacion, y un largo murmurio de alegría se eleva de las legiones de los inmortales hasta el santuario de les Cieles.

Zadec tuvo durante su vida la reputacion de un hombre justo y virtuoso, porque era uno de los más escrupulosos guardadores de la ley de Moisés. Su corazon, sin pasiones ardientes, sin impetuosos deseos, le hacia fácil la observancia de estos preceptos; y sin embargo, él creia poseer tesoros para el Cielo, porque no habia tenido más sustento que las migajas caidas de la mesa del rico; porque habia llenado su copa de madera en el agua estancada de un pantano cenagoso, y recogido difícilmente en su mezquina cabaña algunos óbolos de cobre. ¡Ay del que desprecie á semejante pobre! ¡Ay del pobre semejante, si descuidado se duerme con la orgullosa pretension de hallar en la eternidad recompensas por acciones que no le han costado ni luchas ni sacrificios!

Extraviado por este funesto orgullo, Zadec espera su sentencia sin temor ni aun inquietud.

El pensamiento del Juez acaba de pronunciar esa sentencia: el querubin lo ha comprendido, y arrastra hácia el abismo al alma del condenado.

Zadec se resiste, y exclama:

«¡Cómo! ¡Vas á conducirme á los Infiernos, á mí, el más escrupuloso observador de la ley de Moisés! Antes bien se me deben recompensas. ¡Fantasma terrible! sin duda te engañas, porque es imposible que hayas recibido el mandato de empujar á Zadec por tan espantoso sendero. ¡Ah! ¡La negra noche te trague, y las llamas del Infierno devoren esos tus rayos que me exterminan.»

Nubes sombrías envuelven el alma del condenado: el esplendor del querubin las disipa.

Zadec siente, en fin, que es irresistible el poder de los inmortales; y sin embargo, lucha aun, consigue escaparse, y se precipita en el fondo de una sima.

Extinguese el último destello de compasion que contenia la cólera del ángel, que llama á Zadec con voz tonante.

Zadec sale de la sima, aulla, rechina los dientes, y vuela con su terrible guia hácia el triste lugar de la condenación eterna.

Hordas innumerables están colocadas en órden de com-

bate; luchan, y en el campo de batalla, sus caudillos, dos conquistadores célebres, caen y mueren: al rededor de ellos reina un triste silencio, y el campo, empapado en sangre, está cubierto de cadáveres.

Semejantes à una tromba de agua que inunda toda una comarca, las almas de los guerreros que han sucumbido en esta lucha homicida descienden al Tabor, donde las espera el Juez supremo.

La balanza terrible se agita y sube, y el rayo vengador cae sobre los dos conquistadores, y su espantoso bramido sigue á los ilustres criminales hasta el fondo de la Gehenna, y del fondo de la Gehenna salen gritos de maldicion y ruido de armas.

Un soldado, que ha salido apenas del sueño de la muerte, agita su espada, tinta aun de sangre, y exclama con esa alegría feroz que la vista de la matanza le habia producido siempre:

—«¿Tambien se combate en los Cielos? ¡Salud á la eternidad, pues que en ella se dan batallas!»

El ruido de los hierros que encadenan á los dos caudillos, y los sarcasmos y burlas de los demonios, contestan á esta insensata exclamacion.

Los ángeles pulsan dulcemente las cuerdas de sus arpas de oro; suaves y patéticas melodías se oyen en los aires, anunciando la llegada de los niños muertos á orillas del Gánges, del Nilo y del Niágara.

Estas almas inocentes y puras descienden al Tabor, y se agrupan en los copas de los cedros, á la manera que los tiernos corderillos pacen en la falda de una colina, que la Primavera ha cubierto de verdura, mientras el resto del rebaño va á buscar las aromáticas yerbas que crecen en las escarpadas cumbres de los montes.

El Salvador mira sonriéndose á estos tiernos niños, y los querubines se elevan al punto con ellos de estrella en estrella.

Durante este largo viaje, los alegres rayos de las veloces horas matutinas los dispondrán por grados para la luz que más tarde los *aeones* celestiales, en su curso grave y solemne, derramarán sobre ellos, á fin de hacerlos dignos de entrar en el santuario de los Cielos.

Una de estas almas inocentes, confiadas á los cuidados del más jóven de los querubines, encuentra en las floridas llanuras del Empíreo al único amigo que la desgracia habia dejado al pobre Elisama. El perro fiel se acerca al alegre niño, el cual lo acoge cariñoso; pero muy luego se ve precisado á abandonarlo para seguir á su guia á más elevadas regiones, y el perro queda solo en el atrio de los Cielos. Allí saluda con sus tiernas caricias y ladridos de alegría á todos los niños que pasan, ninguno de los cuales deja de darle una muestra de afecto, cuyo recuerdo le basta para esperar con paciencia el paso de alguna nueva alma.

El alma de Geltor, conducida por su ángel custodio, se eleva alegremente en el espacio, entre el ruidoso vuelo de los cometas de inflamadas crines y de las constelaciones errantes.

Poco á poco, sin embargo, todo viene á quedar en silencio al rededor suyo, porque ha penetrado en el círculo inmenso que precede á la entrada del santuario, en donde flotan soles, cuyo curso independiente no se arregla al de ningun globo terrestre.

En estas altas y sublimes esferas, Geltor ve trazadas sobre las nubes las nobles y bellas acciones de su vida: sus faltas leves le han sido perdonadas por el Juez supremo. Estas no se reproducen ante él; pero los pobres á quienes habia so-

corrido, los huérfanos de que hiciera hombres integros y útiles, el pueblo cuyas cadenas rompió combatiendo por su libertad, le rodean y le siguen hasta la entrada del santuario, donde va á recibir el premio de sus virtudes.

Los soles salen, los soles se ponen, y el juicio de Cristo dura siempre. Almas innumerables llegan de todas partes: unas desaparecen, como las gotas de lluvia que caen en la arena ardiente, y otras se deslizan suavemente, como las argentadas ondas de un arroyo que atraviesa una esmaltada pradera: todas siguen el movimiento de la terrible balanza, que ora desciende á los abismos, ora sube á los Cielos.

Hagid y Sirmion, armados de espadas homicidas, se amenazan y se hieren: los dos caen á la vez, y exhalan su último suspiro en un grito de ódio y maldicion. Del fondo de la noche eterna, se eleva á ellos un ruido de cadenas horrendo, amenazador, irresistible, porque las dos almas á quienes llama este ruido se ven obligadas á obedecer.

Un espíritu de las tinieblas las coge y las ata mano á mano en una misma roca, cuyo siniestro eco repite á toda la Gehenna sus gritos de rabia y desesperacion.

El jóven Toa, uno de los hijos de la dichosa estrella habitada por una raza de hombres inmortales, habia escuchado ávidamente la narracion que su padre hizo á todos, cuando viendo pasar al Eterno para ir á juzgar al Mesías, deploró el triste destino de sus hermanos mortales, arrojados en el globo terrestre para sufrir en él todos los males de una vida de pruebas (1).

Extraviado por su excesiva sensibilidad, Toa vituperó al principio en el fondo de su corazon al Dios que habia creado séres semejantes á él para someterlos á crueles sufrimientos

y a tentaciones funestas; y de este secreto vituperio, su espíritu orgulloso pasó luego á la rebelion abierta. Habia osado decir en alta voz, que no estaba en poder de Johová borrar del pensamiento de los habitantes de la Tierra el recuerdo de los horrores del sepulcro, y que con este recuerdo, su felicidad, aun en la misma vida eterna, no podia nunca ser perfecta.

Un querubin fué á ordenar al audaz Toa que le siguiera, y después de haberle guiado mucho tiempo á través de lo infinito, desapareció de repente.

Solo ya Toa, mira en torno de sí con gran sorpresa. La inmensidad del espacio que se desplega á su vista le espanta; los cantos de triunfo de los resucitados, que, con la cabeza cubierta de flores se elevan en alas del Éxtasis y celebran con torrentes de armonía las beatitudes de las almas resignadas y llenas de confianza, le importunan, y se adelanta al azar para buscar un punto donde pueda oir suspiros y ver correr lágrimas.

Muy luego un ángel severo y silencioso se le acerca, y se lo lleva. En su rápido vuelo ve Toa la estrella afortunada, donde todos los suyos gozan una felicidad inalterable: esta estrella resplandece en medio de las miriadas de astros que pueblan los espacios infinitos, y luego desaparece tras uno de los soles que se mueven en las esferas accesibles á las miradas y al pensamiento de los mortales.

Incapaz de dominar por más tiempo las sensaciones que le agitan, Toa dirige en fin la palabra á su guia diciéndole:

-«Angel del Señor, ¿adónde me llevas?»

El ángel del Señor guarda silencio.

Toa vuelve á decir: 150 coursis eau ad la calidamen comb

-«Angel del Señor, comienzo á comprender que debí

⁽¹⁾ Vease el Canto V, pág. 120.

haber deplorado la suerte del género humano, y que este no fué creado para sufrir eternamente.»

El ángel sigue callando, y Toa exclama:

-«¡Angel del Señor, protégeme!»

El ángel contesta en fin:

-«No puedo.»

Y como llevados en alas de la tempestad, los dos continuan su vuelo.

—«¿Quién te ha ordenado llevarme» pregunta el infortunado Toa.

-«El Juez supremo,» contesta el ángel.

En este momento aparece la Tierra á la vista del jóven inmortal; pero no ve en ella más que los sepulcros recientemente abiertos.

—«He aquí, exclama, he aquí los montes fúnebres en que reina la muerte.»

—«He aquí, dice el ángel, he aquí la region en que grana la mies de la eternidad.»

—«Y qué monte es aquel que está coronado con una cruz ensangrentada?»

-«El Gólgota.»

—«Las moradas que lo rodean estan habitadas por mortales; pero ¿dónde está el que les da la vida?»

—«Mira, y lo verás brillar en medio de aquel círculo luminoso: es el Juez del universo.»

—«¿Acaso me conduces ante él?... ¡Oh! ¡Desdichado, desdichado de mí!...»

Y mezclándose con las almas que descienden al Tabor, llega á su cumbre con ellas. Así los frutos maduros antes de tiempo son arrebatados por la tempestad, que dispersa las flores marchitas y los más tiernos capullos.

Sobrecogido de terror, Toa quiere huir; pero un poder

sobrenatural le retiene. El Juez supremo y todos los inmortales guardan silencio, á la manera que callan los Cielos cuando el trueno del Señor se dispone á hablar.

La voz acusadora del ángel que ha servido de guia á Toa resuena á través del infinito: los serafines velan su esplendor, y hasta el divino Elohá templa sus rayos; los resucitados y las almas se estremecen, y la pálida muerte, con espantoso gesto y mirada terrible, se cierne sobre el jóven nacido de una raza que hasta entonces habia tenido que respetar el ángel del exterminio.

El desgraciado lanza el último gemido y muere. Su cuerpo se convierte en polvo, que los vientos dispersan; porque el alma de Toa no debe habitar un cuerpo nuevo y glorificado, sino que está condenada á errar en el vacío; lejos de la estrella en que naciera, lejos de la Tierra, lejos de los Cielos... Nunca verá la faz resplandeciente de un inmortal; nunca oirá el dulce sonido de una voz de ángel; y sin embargo, conservará el sentimiento de su sér y la facultad de moverse; pero siempre sola, siempre en él vacío... La eternidad con sus sublimes revelaciones le está cerrada; no le queda más que el recuerdo del pasado y el aislamiento del presente; y cuando pregunte llena de ansiedad, cuándo se dignará el Juez supremo terminar su suplicio, nadie ni nada le contestará.

Un rey hinchado de orgullo habia desplegado, ya la astucia de la serpiente, ya las garras del leon, para encadenar á su pueblo. Cuando se disipó el vaho de la sangre de los infelices que habian combatido y muerto por su libertad; cuando la tiranía triunfante levantó su cabeza de hidra sobre sus víctimas cargadas de hierros, el déspota hinchado de orgullo los escarneció cruelmente, y llegó á decirles que ellos no eran hombres como él, y que él era su Dios.